

Del sabio que no es llevado  
En un torbellino ciego  
Y mar mudable.

Al débil su estolidez  
Felicidad no consiente  
Disfrutar,  
Ni al soberbio su altivez,  
Ni el atrabiliario intente  
A ella aspirar.

La felicidad no habita  
En alma que estas pasiones  
Aposenta.  
Limpia mansion necesita  
Y que de preocupaciones (1)  
Esté exenta.

Las preocupaciones son,  
En poética figura,  
Las Arpias,  
Que tienen el fatal dón  
De tornar hiel la dulzura  
De tus días.

A estos monstruos infernales  
Pocos osan ausentarse  
Ni hacer frente,  
E intrépidos á los males (2)  
Verdaderos, despreciar  
Los aparentes.

La pompa, la elevación,  
Dignidades y opulencia  
Es la ventura  
En la vulgar opinión,  
Que juzga por la apariencia,  
Y es locura.

¡Loco será el que se siente  
En rueda que ha de volver  
Fortuna instable!  
¡Locura será que aumente  
Su circunferencia un sér  
Tan vulnerable!

Guarde el lidiador el pecho,  
Puesto en perfil de tal suerte,  
Que la espada  
De adversidad menor trecho  
Hallar pueda en que le acierte  
La estocada (3).

Las artes y la lectura,  
Los campestres ejercicios  
Provechosos,  
Son de posesión segura,  
No caros como los vicios,  
Ni azarosos.

Dado es al sabio un placer  
De más estima, nobleza  
Y calidad:  
El estudio de su sér,  
El de la naturaleza  
Y la verdad.

Así, en las alas del genio  
Del bien Sócrates llevado,  
Elevó el vuelo;  
De Newton así el ingenio,  
Hasta la luz trasportado,  
Midió el cielo.

Y aunque no á todo mortal  
Dado sea conseguir  
Tal beatitud,  
Existe un bien sin igual,

(1) El que cree á Dios un tirano, ó que el honor se cuelga de una cinta, ó que la pobreza es afrenta, ó que las riquezas aumentan los goces hasta el infinito, etc., ha de pasarlo mal precisamente. (Nota del Autor.)

(2) No negarémos que hay males reales: no dirémos, como los estóicos, que no es real el dolor; pero queremos que el dolor real no sea agravado por la imaginación, y que una pisada de un tonto en una controversia no duela más que la dada por una hermosa en un baile. (Id.)

(3) El que para ser feliz necesita ser muy rico, estar muy condecorado, ocupar los puestos de más autoridad, ser amado de las más hermosas, y que éstas le sean las más fieles, es difícil que logre tantas cosas, y una sola que le falte es suficiente para hacerle infeliz. El mundo es como un teatro, en que el más gordo se halla más estrechado en el asiento y suda más que el delgado. (Id.)

No imposible de adquirir,  
Que es la virtud (4).

## CANCIONES.

### I.

#### Á LA CASCADA DE LA PESQUERUELA (5).

¡Cómo te precipitas,  
De peña en peña dando,  
Torrente, y vas gastando  
En espuma el raudal?  
El cieno impuro agitas  
Del lago, en que cayendo,  
Le rompes con estruendo  
Al ronco trueno igual.

Tu curso estrepitoso  
Un insondable abismo  
Cava para ti mismo  
Con terco frenesí;  
Y al fondo cavernoso,  
Ciego, contigo lanzas  
Cuanto en tu curso alcanzas,  
Cuanto se acerca á ti.

Desnuda tu ribera  
De trébol, musgo y flores  
Dejas, y los amores  
Turbas del ruiseñor.  
Su nido en la bardera,  
Sus polluelos alados  
Son ¡ay! arrebatados  
De tu embate al furor.

La tórtola otros ecos  
Busca á su tierna queja,  
Busca léjos la abeja  
Sombra, silencio y paz:  
Se ve de espinos secos  
Tu contorno erizado,  
Do el lobo está emboscado  
Y el alcotán voraz.

A la hiedra que cerca  
Tu roca trepar quiere  
La inquieta cabra, y muere  
Devorada, al subir.  
¡Ay! del pastor que acerca  
A tu sombra el ganado;  
Su imprudencia el cuidado  
Tiene que maldecir.

Ese orgulloso salto,  
Ese continuo ruido,  
¡A qué va dirigido?  
¡A perderse en el mar!  
Donde, de juicio falto,  
Tu desvanecimiento  
Corre á merced del viento,  
Para siempre á vagar;

Mientras la humilde fuente  
Al pie tuyo formada,  
Benéfica y callada,  
Regando el prado va;  
Su trezada corriente  
Oculta en la verdura,  
Y abundancia y frescura  
Al valle y selva da.

Si un tronco, si una peña  
Su camino embaraza,  
Les huye ó les abraza,  
Burlando su intencion:  
No en penetrar se empeña

(4) No se habla aquí de la virtud heroica, sino de la probidad, de la honradez, de la beneficencia, ejercida, no por deber, no por miedo, no por ostentación, sino por inclinación y por gusto, como gusta el ambiente de la primavera; como gusta ponerse ropa limpia. (Nota del Autor.)

(5) Hermosa hacienda del mayorazgo de SOMOZA. (Nota del Colector.)

La escondida maleza;  
Sábila naturaleza  
Guía su inclinación.

Ya por anchos canales,  
Ya por rústica zanja,  
Frutos dando á la granja,  
Dando pompa al jardín;  
Y en secos arenales  
De yermos, que ameniza,  
Su cauce se desliza,  
Benéfica hasta el fin.

Su fin, tan apacible  
Como el azul del cielo,  
Que mientras regó el suelo  
Se reflejaba en él;  
El fin apetecible  
De la vida del bueno,  
De quien fué aquel sereno  
Arroyo imagen fiel.

### II.

#### Á LA LAGUNA DE GRÉDOS.

Entre escarpadas puntas  
De una sierra nevada,  
Sobre otra sierra alzada,  
El hondo lago vi:  
Vi el lago en que sepultas  
¡Oh Grédos! mil torrentes,  
Que elevadas pendientes  
Hunden por siempre en tí.

Ruedan las olas dentro,  
La salida buscando,  
Y en derredor bramando  
De su eterna prisión;  
Pero luégo en su centro  
Cesa el ruido espantoso;  
Silencio pavoroso  
Sigue á su agitación.

Tendió el ala en el polo  
El viento del desierto,  
Y el lago, al soplo yerto,  
Es hielo inmóvil ya.  
El cardo triste y solo  
En su orilla nacido,  
De Bóreas al silbido,  
Sobre él huyendo va.

Densa niebla oscurece  
Su cumbre, asiento eterno  
Del trono del invierno,  
Hijo del Septentrion.  
Entre ella resplandece  
Nevado el ventisquero,  
Vuela en su reverbero  
Deslumbrado el halcón.

Busca incierto su nido,  
Y del etéreo cielo  
La alba nieve del suelo  
No acierta á distinguir.  
La escarcha el pino erguido  
Sacude inútilmente,  
Sus ramas tristemente  
Hace el peso crujir.

El águila despierta  
Sobre el césped marchito  
De la roca, y su grito  
Vaga en la soledad.  
¡Ay laguna desierta!  
Ese témpano helado  
Semeja del malvado  
La insensibilidad.

La congelación fría  
Del corazón humano,  
Que el huracán insano  
Del vicio endureció,  
Luto y melancolía  
Cubre el antro insondable,  
Que en yermo inhabitable  
El tiempo trasformó,  
Muro de rocas cerca

La inaccesible orilla,  
Do el rayo jamás brilla  
De benéfica luz.  
Jamás allí se acerca  
Céfiro puro y blando,  
En sus alas llevando  
Esperanza y salud.

Su estéril esperanza,  
Venenos de homicidas,  
Que á las entumecidas  
Viboras den vigor.  
Plegue á naturaleza  
En un temblor horrible  
Hundirte, ¡oh insensible  
Páramo de terror!

### III.

#### Á UNA DESDEÑOSA.

No extrañara ¡oh desdeñosal  
El que mi amor te ofendiera,  
Si yo la culpa tuviera  
De que tú fueras hermosa.  
Cuenta de mi inclinación  
Pide á la naturaleza,  
Que es quien te dió esa belleza,  
Bajo de esta condición.

Como al sol le dió su lumbré,  
No para que á él le adornase,  
Sino para que enviase  
Luz que al universo alumbré;  
Así el cielo á tí también  
Te dió beldad para mí,  
Sin que dependa de tí  
El que goce yo ese bien.

Sé yo gozar la fragancia  
De las flores sin cogerlas,  
Sin ajarlas, ni ponerlas  
En mi seno ni en mi estancia.  
Sé la frescura gozar  
De las ondulantes fuentes,  
Sin bañarme en sus corrientes  
Ni su pureza enturbiar.

Y sé yo gozar del sueño  
Entre alamedas amenas,  
Sin pensar que son ajenas,  
Ni curar quién es el dueño.  
Sueñe mi temeridad  
Ser dueño de tu hermosura,  
Goce de ella mi ventura,  
Y ten tú la propiedad.

Si á pocos satisfaría  
Soñada la posesión,  
Ilusión por ilusión,  
Ménos molesta es la mía.  
Molesta el niño llorando,  
Si no alcanza, si no toca,  
O si no lleva á la boca  
La cosa que está mirando;

Y no hay forma de acordarse,  
Cuando suspira por ella,  
De cómo es la llama bella,  
Y que el asirla es quemarse.  
¡Quién sabe si yo también  
Hubiera la llama asido,  
Si no me hubiera tenido  
Léjos de ella tu desden?

Te debo esa obligación,  
Aunque sé que no lo has hecho  
Por mirar á mi provecho  
Ni tenerme compasión.  
Mas déjate de guardar,  
Como el avaro, el tesoro,  
Que estando á la vista el oro,  
Alguno le ha de robar.

Ni esperes que el amador  
Te pida de amar licencia,  
Mientras la correspondencia  
No sea una ley de amor.

## IV.

## LA SED DE AGUA.

De la fuente Ines volvía,  
Y el peso la fatigaba  
Del cántaro que llevaba,  
Pues quince años no tenía.  
Contra su seno agitado  
Su blanco y desnudo brazo  
Cefia con dulce abrazo  
Aquel cántaro envidiado.

Descargóle, y tomó aliento  
Sobre una florida alfombra,  
Bajo la sonora sombra  
De un olmo que mece el viento;

Cuando acertára á pasar  
Por aquel sitio Lisardo,  
El mancebo más gallardo  
De todos los del lugar.

El llevaba sed, y al ver  
El cántaro, le dió más,  
Y dijola: «Ines, ¿me das  
De ese cántaro á beber?»

Ella los ojos alzó,  
Y mirando su semblante  
Halagüeño y suplicante,  
Respondióle: «¿Por qué no?»

Y con su mano graciosa  
La punta del delantal  
Pasaba por el brocal  
Del cántaro, vergonzosa.

«Excusado es tanto esmero  
En limpiar el borde, Ines,  
Dijo el zagal, si no es  
Que otro ha bebido primero.»

Ella dijo: «En el vasar  
Siempre por mi madre ha estado  
Este cántaro guardado,  
Sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo  
Cuando comenzó á beber,  
Que es fácil de conocer  
Agua de cántaro nuevo.

Y como mientras bebía,  
Á la zagala miraba,  
Su boca se refrescaba,  
Pero su pecho se ardía.

«No bebas tanto, zagal,  
Decía Ines, retirando  
El cántaro y suspirando;  
Hacerte pudiera mal.»

Lisardo, por el contrario,  
Se empeña en beber sin tasa,  
Y el cántaro por el asa  
Arrebata temerario.

Pero lo que sucedió  
Con semejante violencia  
Fue que en la fatal pendencia  
El cántaro se rompió.

El grito más doloroso,  
Por la cuitada lanzado,  
A los ecos fué llevado  
Por el viento vagaroso;

Y de color y sentido  
Privada, al suelo viniera,  
Si el mancebo no la hubiera  
En sus brazos recibido.

«Ay, triste de mí exclamaba  
Cuando, en su acuerdo volviendo,  
Los bellos ojos abriendo,  
En llanto los inundaba;

«Mi madre bien me decía  
Que el cántaro no expusiera;  
Mas yo, que tan frágil era  
El cántaro no creía.

«¿Quién había de negar  
Una sed de agua, ni quién  
Pensára que el hacer bien  
Tan caro suele costar?

«—No lo hice á mal hacer,  
Dijo el mozo á Ines; perdona

Si las quiebras mi persona  
Te puede satisfacer.

«Dame la mano, y de aquí  
Los dos á tu casa iremos;  
A tu madre la dirémos  
Cómo el cántaro rompí;  
«Que yo de barro tan tierno  
No le juzgué ciertamente,  
Mas, pues fué un día á la fuente,  
No había de ser eterno.»

## V.

## A DOÑA MARÍA S. DEL ACEBAL DE ARRATIA.

Una sola vez te vi,  
Y aunque tan de paso fué,  
Escucha si aproveché  
La mirada que te di.

Vi en tu porte gentileza  
Y en tu gesto y apostura  
Garbo, aseó, compostura,  
Y en tus modales nobleza.

Vi que el mirar penetrante  
Negras pestañas templaban,  
Y en oscuras sombras daban  
Honestidad al semblante.

Vi tu boca sonreirse,  
Y sentí lo que sintiera  
Piadoso mortal que viera  
El Paraíso entreabrirse.

Vi la nieve acumulada  
En torno al airoso cuello,  
Vi entre el rizado cabello  
Al cándido seno entrada.

Y allí yo, por la apariencia,  
De amor juzgué el templo ver;  
Pero me dijeron ser  
El de la beneficencia.

## VI.

## EL BESO.

A Lesbia.

Si tus dos labios un día  
Á mis dos labios unieras,  
Todo el placer que me dieras  
Para tu gloria sería.

Cuanto sentir y gozar  
Me concediera el amor,  
Tanto en tu gloria y honor  
Me concediera cantar.

Cantaría el dulce aliento  
Que tu boca respiraba  
Cuando á la mía tocaba  
Con trémulo movimiento;

La ambrosia más sabrosa  
Que la hebea para mí,  
Si ofrecida era por tí  
Entre el azahar y la rosa;

Y aquel ruido delicioso  
Que tus labios susurraron,  
Mientras los míos libaron  
Aquel bálsamo precioso.

Ruido grato y lisonjero  
Más que el de sonora fuente,  
En la canícula ardiente,  
Al sediento pasajero.

Así mi lira sonára,  
Y tu beso y mi canción  
En toda edad y region  
Se aplaudiera y se cantára.

Ni amante había de haber  
Que el beso de amor sentir  
Lograra, sin bendeír  
Al dios autor del placer.

## VII.

Al natalicio de la señora doña Paula del Acebal y Arratia.

(1827.)

Con qué fulgor insólito  
Veo brillar la aurora;  
Nuevo matiz colora  
Su cándido arrebol;

El cielo más espléndido  
Se arma de lumbré pura,  
Su carro hoy apresura  
Más refulgente el sol.

Todo rebosa júbilo  
En este fausto día,  
Todo inspira alegría  
En cielo, tierra y mar;

Y por la vaga atmósfera  
Oigo clamar: «Paulina,  
La rubia, la divina,  
La bella del lunar;

«Que el coro de las náya les,  
Cantando sus loores,  
Anno tributo en flores  
Ofrece al día natal.

«Deja, Ramona (1), el mórbido  
Lecho que te emperzeza;  
Disfruta la belleza  
Y gozo universal.

«Ven, y con pecho férvido  
Tal día celebremos,  
A Lina consagremos  
Nuestro fraterno amor;

Y pues tal dicha ¡oh mñemes  
Nos concedéis propicios,  
Cual hoy mil natalicios  
Denos vuestro favor.»

## VIII.

## MIS DESEOS.

CANTILENA.

Al cumpleaños de la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1829.)

Si el cielo á mis deseos  
Benévolo accediera,  
Yo no le pediría  
Ni mando ni riquezas,

Ni regir ostentoso  
En rauda carretela  
De caballos de Arabia  
La rápida carrera;

Ni en palacio de mármol  
Espléndido viviera,  
Si émulas en su ornato  
Las artes compitieran;

Y despreciar sabría  
El poder y las rentas,  
El comercio y las naves  
De Francia y de Inglaterra;

Más humildes mis votos  
Otra ventura anhelan;  
Tornar, Lita, á mi infancia  
Al cielo yo pidiera,

Y vagar por los campos  
De la progenie nuestra,  
Y subirte en mis hombros  
Hasta la cumbre enhiesta

Del peñascoso Unguino,  
Y enseñarte la sierra,  
Y la cántabra costa  
Do el bravo mar se estrella;

Mientras tú silenciosa,  
Con tus manitas tiernas  
Cruzadas en mi frente,

(1) Doña Ramona, hermana de doña Paulina.

Vas segura y contenta.  
Si tal vez fatigado  
Le sentára en la hierba,  
Tu angelical sonrisa  
La gratitud expresa,  
Y apenas tu boquita  
De rosa medio abierta,  
Balbuciente, mi nombre  
A pronunciar acierta.  
¡Ay, años infantiles!  
¡Cuán dulce impresion dejan  
Los goces inocentes  
Con que la vida empieza!  
Lita, seamos niños,  
Torne la infancia nuestra,  
Olvida el cumpleaños,  
Mas nunca á tu poeta.

## MADRIGALES.

## I.

¡Temes, pastor, la córte lisonjera,  
Cual halagüeño viento que engañoso  
Precede al torbellino pavoroso?  
Mas si la córte por ventura fuera  
Como la del palacio de la Aurora,  
Cuando entre el oro y púrpura del día  
Sobre el trono de Mayo reina Flora;  
Si en medio de las Gracias descendiera  
La más gentil, la que su coro guía  
Y las horas del bien al suelo envía;  
Si con ledo semblante á tí volviera  
Los ojos que en el pecho encienden llama,  
La sonrisa que en puro amor le inflama,  
Y á tus trémulos labios ofreciera  
Benéfica la nieve de tu mano,  
¡Zagal! ¿no te tornáras cortesano?

## II.

## RETRATO DE LESBIA.

Sonrisa de la aurora es tu semblante,  
Que anuncia el puro día,  
Mientras Venus el rayo vacilante  
Entre las sombras de la selva envía.  
Tan dulce tu mirada  
Entre oscuras pestañas centellea,  
Cual, por frondosos álamos templada,  
La estiva luz febea;  
Pero la sombra para mí más grata  
Es la de tu cabello,  
Cuando sus trenzas céfiro desata  
Y tiende por el cuello,  
Que del cisne en candor vence la pluma;  
Aunque maldigo sombra que oscurece  
Los dos globos de espuma  
Que en raudal de alabastro amor ofrece.

## ROMANCES.

## I.

Al natalicio de la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1826.)

«¡Oh! si la armoniosa lira  
Tuviera yo de Cienfuegos,  
No tan medroso mi labio  
Sofocára sus acentos

Sino que con voz robusta  
 Cantara los altos hechos  
 De Almanzor, y las batallas  
 Y las justas y torneos  
 De los moros de Granada,  
 Amantes y caballeros.  
 Mas no; motivo más dulce  
 Y más agradable empleo  
 Fuera cantar de tu Oriente,  
*Paulina*, el fausto suceso,  
 Y aunque por mis rudos sonos  
 No has de medir mis deseos,  
 Halle disculpa en la causa  
 La liviandad del obsequio.  
 Viniste al mundo; las gracias  
 Tu blanda cuna mecieron;  
 Céres, que en tu mes preside,  
 Te dió sus blandos cabellos,  
 Y al besarte sus aristas,  
 Tu suave cútis hiriendo,  
 Señal sangrienta estamparon,  
 Lunar gracioso imprimieron.  
 Creciste, y la amable rosa  
 Y los inocentes juegos  
 Yo vi de tu edad primera,  
 Yo tu andar guíe el primero.  
 No más lindo de Cíteres  
 Fuera el rapaz, ni más bello,  
 Con boca de rosa y nácar  
 Y sus azules ojuelos;  
 Cual fueras, *Paulina*, entónces,  
 Ni ménos bella te encuentro;  
 Que si ángel fuiste en tu infancia,  
 Ahora inmortal te deseo,  
 Para que como hoy mil siglos  
 Cumplas, de ventura llenos,  
 Siempre en juventud hermosa,  
 Y de la tierra ornamento.»

## II.

## A UNA EXTRANJERA,

Aura leve y blandas olas  
 La nave impelen y halagan  
 De la extranjera que el cielo  
 Conduce á española playa.  
 Así, al nacer la de Gnido,  
 Mecen su cuna las aguas,  
 Y en cerco sonoro hierven,  
 Y en cándida espuma saltan.  
 Iris por el viento vuela,  
 Flora por el campo vaga,  
 Y el placer ciñe la tierra  
 En benéfica lazada.

Placer benéfico ordena  
 También tu voz en las almas  
 Sensibles, honestas, nobles,  
 ¡Oh extranjera bienhadada!

Si tus armónicos ecos  
 De polo á polo llegáran,  
 El genio del mal huyera,  
 Y el siglo de oro tornára.

Virtud respiran tus labios,  
 Difúndenla tus miradas,  
 Tus movimientos la llevan  
 Adonde pones la planta.

Su ceñidor te dió Venus,  
 Su casto velo Diana,  
 La esposa de Jove el cetro,  
 Su égida invencible Pálas.

El niño Amor te precede  
 Con sus fuegos y sus armas,  
 Pero sin venda en los ojos,  
 Ni sobre los hombros alas.

¡Salve! oh nímén que en el templo  
 De las Musas y las Gracias,  
 Al culto del bien convidas  
 La juventud castellana!

## III.

A don José Mintegui, catedrático jubilado de la universidad  
 de Salamanca.

(1828.)

Cuatro lustros han pasado  
 Desde que dió el primer trueno  
 La maldecida tormenta  
 Que vomitó el Pirineo.

Cuatro lustros se han cumplido,  
 ¡Y qué de estragos en ellos!  
 ¡Qué pocos han resistido,  
 Cual tú, al huracán violento!

Así en la talada selva  
 Un roble firme y derecho  
 La destrucción atestigüa  
 A los siglos venideros,

Y á su solitaria sombra  
 Descansando el pasajero,  
 La desolación contempla  
 Que corrió por el desierto.

Al soplo de la borrasca  
 Desapareció del suelo  
 La generación entera  
 Que nacer tus ojos vieron;

Y el mismo imprudente Eolo,  
 El mismo dios de los vientos,  
 Que los lanzaba á la tierra,  
 Arrebatado por ellos,

Sobre una roca africana  
 Fué de miserias ejemplo.  
 Tú, en tanto, en el torbellino  
 De la tempestad envuelto,

Mostrabas que sólo es fuerte  
 Y sólo inmutable el bueno.  
 Ni el rayo de la calumnia  
 Halló en qué cebar su fuego,

Y resbalóse apagado,  
 Sobre tu virtud cayendo.  
 ¡Feliz patria si sus hijos,  
 De quienes fuiste maestro,

La ciencia de tu conducta  
 Estudiaron y aprendieron!  
 ¡Feliz yo si al lado tuyo  
 Alcanzo del bien el tiempo!

El tiempo del bien, que entrambos  
 Pronosticado tenemos,  
 En que un benéfico ambiente  
 La oscura nube rompiendo,

Bajas pasiones disipe,  
 Y puro descubra el cielo.  
 Ni el justo se verá entónces  
 Al peligro de no serlo,

Ni la honradez será insulto  
 A los demas hombres hecho,  
 Que cual público delito  
 Persiguen con ódio eterno.

## IV.

## ROMANCE GITANESCO.

¡Con que, es fijo, chaira mia,  
 Que tu gracia he camelado,  
 Que al cielo subí en presona  
 Y al sol detuve en mis brazos!

¡A qué ahora, fortunilla,  
 Te burlas de un desdichado?  
 Si no puedes sostenerme,  
 ¡Por qué me subes tan alto?

El triunfo de las morenas,  
 De los cuerpos el dechado,  
 Y un alma.... que Dios en prueba  
 De su poder ha formado.

Todo fué de este *ganchoso*:  
 Yo amarínaba aquel barco,  
 Entre borrascas de dichas,  
 Un mar de gracias surcando.

A oscuras las tres potencias,  
 Y todo el juicio murciado,

Suspiro lo venidero,  
 Y no gozo lo pasado.  
 ¡Qué estrella tan desdichada  
 Lucirá sobre tu chairo,  
 Si le faltan las *carañas*  
 Y el columpio de ese garbo!  
 No hay más muerte que una muerte,  
 El *churi* de tus agravios;  
 Mi condenación eterna,  
 Chaira mia, está en tus manos.

## EPIGRAMAS.

## I.

## LA CARIDAD.

Á la puerta de Tomasa  
 Vino un galán á llamar,  
 Muy ajeno de pensar  
 Que estaba el marido en casa.  
 Este á responder salía,  
 Cuando ella en el pasamano  
 Gritó: «Dios le ampare, hermano.  
 Que se le dará otro día.»

## II.

## LA CODICIA.

Negocia, gana, atesora,  
 Economiza, aprovecha,  
 Gasto y deseos estrecha,  
 Deja el gozar por ahora;  
 Que el premio de tu cordura,  
 Aunque hoy pases vida amarga,  
 Será tenderte á la larga  
 Mañana en la sepultura.

## III.

## EL MONJÍO DE JUANA.

Á todo perro cristiano  
 Su mano y dote ofrecía  
 Juana; mas nadie, hasta el día,  
 Admitió, lo que es la mano.  
 Y para dejar bienquisto  
 Su honor, quiere la dichosa  
 Que la trague por esposa,  
 A falta de bobos, Cristo.

## IV.

Á un amigo indiscreto, que le dijo un chiste desabrido.

Es agradable la sal,  
 Y es saludable también;  
 Mas se ha de conocer bien  
 El gusto de cada cual.  
 Amargo podrás hacer  
 Lo que quieras sazonar;  
 Que suele hacer rechinar  
 Solo un grano sin moler.

## COMPOSICIONES VÁRIAS.

## I.

## A UNA NOVIA EN EL DIA DE LA BODA.

## EPITALAMIO.

¡Delante del señor cura  
 Distes la mano y el sí!

¡Lástima tengo de tí,  
 Inocente criatura!  
 ¿Sabes, niña, lo que das?  
 ¿Sabes que te estremecerás  
 Si lo que das hoy supieras  
 Cual mañana lo sabrás?  
 Mañana, con lento paso,  
 Irás en vano á buscar  
 A tu madre y á llorar  
 En sus brazos el iracoso.  
 No esperes, cuitada mia,  
 En tu madre compasión;  
 Que es de bronce el corazón  
 De las madres aquel día;  
 Y te ordenará severa  
 Que cumplas como deber  
 Lo que por delito ayer  
 Su merced juzgado hubiera.  
 Trasformó aquel negro instante  
 En que cediste tu mano,  
 A tu madre en un tirano,  
 Y en un verdugo á tu amante.  
 Hoy te vas á someter  
 Al inhumano rigor  
 Que te condena á un dolor  
 Por cada ajeno placer;  
 Hoy por la senda caminas  
 Que sembraron los amores,  
 Para tu amante de flores,  
 Pero para tí de espinas.  
 Es de néctar para él  
 El cáliz que á ofrecer vas;  
 Pero tú no libarás  
 Hoy sino tragos de hiel.  
 El cielo te dé, señora,  
 En el trance sufrimiento,  
 Y la rueda del tormento  
 Pare el dedo de la aurora.  
 ¡La aurora de la experiencia,  
 Y el día de reflexión,  
 En que la meditacion  
 Infunde á la mujer ciencia!  
 Pues la permiten subir  
 Al tálamo sin saber  
 Ni lo que la toca hacer,  
 Ni lo que ha de recudir.

## II.

## HIMNO FÚNEBRE

## A UN HOMBRE DE BIEN MUERTO EN 1811.

*Nobles hijos del bien, si al sendero  
 Camináis del honor y la gloria,  
 Escuchad en mi canto la historia  
 De un antiguo español caballero.*

Condenóle á vivir la fortuna  
 Entre guerras civiles y bandos;  
 Cual de Alcides los monstruos nefandos,  
 Los rencores cercaron su cuna.

La desgracia, en su escuela severa,  
 Le mostró de la sabiduría  
 Las lecciones, que nunca sabría  
 De doctores que en aulas oyera.

A la sombra de rústico techo  
 Gozar quiso existencia ignorada,  
 A la santa verdad consagrada,  
 Siendo templo del culto su pecho.

¡Ay qué poco duró su ventura!  
 De la patria la voz le reclama,  
 A los puestos de mando le llama,  
 Y le impele y le lanza á la altura.

«Obedece, le dice Minerva;  
 Los que culto en mis aras rindieron,  
 Sacerdotes y víctimas fueron:  
 Tal honor la virtud te reserva.

La virtud inflexible te ordena  
 Que, las riendas del carro tomando,  
 La carrera del público mando  
 Acometas con frente serena.

No la altura en que vas elevado  
Desvanezca tu vista y tu mente;  
No atosigue tu pecho el ambiente  
Entre nubes de incienso mezclado.  
Lucha, emprende el combate tremendo,  
En que domes, sujetes, destruyas  
Las pasiones de todos, las tuyas,  
En dos lides continuas venciendo.

Amor mismo, que paz venturosa  
Antes fué, guerra es ya á tus deberes,  
Triunfa de él si por ti ver no quieres  
De otros buenos la suerte afrentosa.

Del olímpico atleta la palma  
Es la dicha suprema inefable;  
¡Alta dicha, mayor, más durable,  
Recompensa la fuerza del alma!

¡Por ti solo, delicia del fuerte,  
Nunca en pechos vulgares sentida,  
De Epicteto fué dulce la vida  
Y de Sócrates dulce la muerte!

Dijo Pálas; su alumno animoso  
En el público estadio se arroja,  
Y entre polvo y sudor y congoja,  
Toca el término y meta glorioso.

¡Salve! y dadme guirnaldas de rosas  
Para el bueno que al mal combatiera,  
Y á la envidia y calumnia venciera  
Al impulso de acciones honrosas.

*Nobles hijos del bien, que al sendero  
Camináis del honor y la gloria,  
Bendecid y llorad la memoria  
Del antiguo español caballero.*

## III.

## EL CALUMNIADOR.

## CUENTO.

Érase un ermitaño,  
Ó por mejor decir, era un santero;  
Pues el uno, según el Diccionario,  
Hablando del primero,  
Es un contemplativo solitario  
Dado á la penitencia:  
Estotro, vagamundo todo el año,  
Por huir del trabajo y la abstinencia,  
De su demanda y de su alforja hacia  
La copa de Amaltea,  
Con variedad y profusion colmada  
En la despensa y troje de la aldea,  
En el tarro y zurron de la majada.

En una de éstas un mastin habia,  
La envidia y el honor de las cabañas:  
Nacido, cual Pelayo, en las montañas,  
Gesto audaz, torvo ceño, fosca vista,  
Gran garra, ronca voz, cerviz enhiesta;  
El animal, en fin, más quimerista  
Del honrado concejo de la Mesta.  
Pero su aceda condicion nacia  
De lealtad: sobre el hato se tendia,  
Sin desplegar su boca en todo un año  
Si no le alborotaban el rebaño.

Este desde cachorro tamañito  
Tomó tal ojeriza, encono y tema  
Con el de la demanda,  
Que le puso en la extrema

Alternativa de perder la tanda  
Cotidiana, dejando aquel distrito,  
O sufrir cada día un fiero asalto,  
Que á ser zamarreado le exponia.  
El hombre, que, en continuo sobresalto,  
Con la vida jugada se veia,  
Se acordó, en fin, piadosa y felizmente  
De que la caridad bien ordenada  
Le mandaba evitar cualquier perrada.

«Si yo, dijo entre sí, fuera valiente,  
Con el chuzo en que el báculo remata  
Le pudiera esperar tras de una mata  
Y envainarsele todo á espeta-perro;  
Pero ¡y si el golpe por desgracia yerro?

No señor: es mejor darle zarazas;  
Mas será sospechado: ¡majadero!  
Quedar bien con el mundo es lo primero.  
Pero ¡válgame Dios! no he de hallar trazas  
Para quitar la piel á este demonio?...  
Levantémosle un falso testimonio....»  
Dicho y hecho: al aprisco se encamina;  
El perro, que le siente,  
Sale en su busca, pero inútilmente;  
Porque ya encaramado en una encina  
Halló al siervo de Dios, que de repente  
Exclamó en alta voz: «¡Hijos!... ¡cuidado!...  
¡Guárdense del mastin, que va rabiado!»

Con esta breve plática la gente  
Se conmueve, se agita, se convoca,  
Cunde la voz fatal de boca en boca,  
Y el animal, proscrito y acosado  
Del fuego, plomo, acero, piedra y palo,  
Espiró en opinion de perro malo.

Y si en esto se hubiesen acabado  
Los males, ¡vaya en gracia!  
Mas, ciegos, como suelen por desgracia,  
Los inconsiderados aldeanos  
Cuando tienen las armas en las manos,  
Tras de la raza de los perros dieron,  
Y sicilianas visperas hicieron.

Luégo se amplió á los gatos la sentencia  
Por los peritos en jurisprudencia,  
Diciendo ser el mal comunicable  
Por mordedura, y ésta inevitable  
Entre perros y gatos, mayormente  
Cuando, para vestir el expediente  
Anterior, el derecho lo exigia,  
Pues el no condenarles argüia  
Tal ilegalidad en el asunto,  
Que anulaba la muerte del difunto.

Así en aquel concejo se fallaba;  
Pero en los de otros pueblos, alarmados  
Del supuesto peligro de la rabia,  
Providencia se daba,  
No menos general ni menos sabia,  
Contra todas las bestias y ganados  
Del pueblo referido,

Vedándoles la entrada en sus mercados  
Y en los pastos comunes del partido;  
De modo que las reses perecieron,  
No pudiendo en su egido mantenerse,  
Ni tampoco salir para venderse.  
Item, sus dueños confinados fueron,  
Y dentro de su término encerrados  
Hasta el año y el día,  
Por si estaban ó no del mal tocados;  
Pasado cuyo tiempo, en romería  
Ir á Valdegimena (1)  
Libremente pudiesen,  
Y á soplos saludarse, si quisiesen.  
Pero no llegó el caso, porque ántes  
De cumplir la penosa cuarentena  
La miseria barrió los habitantes.

## IV.

La renuncia de un sabio del Oriente en la corte del Mogol (2).

## TROVA EN OCTAVAS REALES.

Es en el laberinto de la vida  
Hilo precioso el claro entendimiento.

(1) Valdegimena, santuario en la provincia de Salamanca, donde acuden los hidrófobos.

(2) Esta composición fué remitida á don Juan Meléndez Valdés, en el año de 1811, con la siguiente carta:

«Mi estimado amigo y maestro: Con mucho gusto compezeo á usted, escribiéndole francamente mi opinion sobre su situacion actual.

«Es necesario que conozca usted que no es á propósito para esa corte. Tampoco lo fué usted para la de Godoy; debiera ya haber escarmentado. Doce años tenía yo cuando usted me recitaba, dándome con su dedo en la mejilla:

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido! etc.

«Estos eran los principios de usted, que hubiera seguido siempre,

Sin él, al hombre el tino y la salida  
Faltar á cada paso, á cada intento.  
Beldad, riqueza, cuna distinguida,  
¡Qué vale, de qué sirve, sin talento?  
¡Qué es el poder sin la sabiduría?  
¡Qué es la virtud si el juicio no la guía?

Esta verdad un sabio del Oriente  
Procuraba grabar en la memoria  
De Corán, Gran Mogol, que atentamente  
La escuchaba. Yo dudo si esta historia,  
Singular y admirable ciertamente,  
Al sabio ó al Mogol da mayor gloria.

Un sabio al Gran Mogol amonestaba,  
Y un Gran Mogol al sabio no empalaba.  
Pero de este prodigio que refiero,  
Hace larga mencion, en su viaje,  
Mandesto, un alemán y caballero,  
Que del Duque de Holstein fué un tiempo paje.  
Este del indio mundo con esmero  
Estudió las costumbres y el lenguaje,  
Y en virtud de su larga residencia,  
Merece alguna fe, en mi inteligencia.

El dicho autor de dicho sabio cuenta  
Que fué por el Mogol rajá nombrado,  
Título por allá de honor y renta;  
Mas que el sabio, no obstante, retirado  
Trataba de vivir, haciendo cuenta  
De que en los tiempos que hemos alcanzado  
Es mar la corte, y de privanza el viento  
Seguro anuncio de huracan violento.

Mandó, empero, el Mogol llamar al sabio,  
Cual otras, una vez á conferencia,  
Y éste, por evitar hacer agravio  
A mil quejosos de esta preferencia,  
Por excusar el desplegar su labio  
En asuntos de grave trascendencia,  
Fingióse enfermo, se metió en la cama,  
Y una ayuda se echó, que así se llama.

Quando el Emperador noticia tuvo  
De la dolencia y de la medicina,  
Después que un rato meditando estuvo,  
Tomó una providencia peregrina,  
Y que el concepto de chistosa obtuvo  
En la elegante corte mogolina;  
Sucediendo en un viérnes este paso,  
Que, como al punto se verá, es del caso.

Los viérnes besamano extraordinario  
Hay de rameras; veinte mil y pico  
Tavernier cuenta; ¡vaya un seminario!  
A bien que el nombre del testigo indico,  
Que este veraz y noble lapidario,  
Baron en Francia y negociante rico,  
Desnudas dice que las vió y despacio,  
Haciendo habilidades en palacio (1).

«Vayan, dijo el Mogol, por orden mia,  
Ciento de éstas al sabio en comitiva,  
Y ante él hagan lo que una vez al día  
Hago yo sin usar de lavativa;  
¡Fumesto dón el de sabiduría,  
Si del dón de regir al mortal priva!  
Sús, díganle que van porque contemplo  
Lo que en su situacion mueve el ejemplo.»

¡Dulce, preciosa, amable independencia  
Tú inspiras, tú conduces, tú acompañas  
A la virtud y verdadera ciencia!  
A tí la historia debe mil hazañas

si á mi señora doña Andréa (sabe usted que se lo he dicho á ella) no se la hubiese antojado ser *excelencia*. Dice que nadie quiere, como ella; á su *monstruo*. Pero no sabe quererle si no le aconseja que deje al instante destino y honores. Y con este motivo, y porque también me encarga usted procure alegrarle el ánimo, me ocurre el caso acaecido en una corte de Oriente, como usted habrá leído en los viajeros, y he de tener la osadía de enviárselo en verso.

«Medite usted mi carta, y quiera á José SOMOZA.  
(1) En la capital (dice Tavernier) se cuentan más de veinte mil mujeres públicas. No pagan contribucion, pero se las obliga todos los viérnes á presentarse con su rectora y música delante del balcon del monarca, para danzar en su presencia, á no ser que un eunuco las haga señal de retirarse. Estas mujeres tienen cuerpos tan flexibles, que cuando el monarca entró en Musulipatan, nueve de ellas representaron perfectamente la figura de un elefante. Cuatro figuraban las piernas, cuatro el cuerpo, y una la trompa del animal. El Emperador iba encima, sobre una especie de trono. (Nota del Autor.)

De valor, de constancia y de paciencia.  
Por tí ruge una purga en las entrañas  
De un sabio, en lecho de dolor postrado  
Y de cien prostitutas asaltado.

Ya inundan del Rajá los aposentos  
Con disoluta risa y torpes gritos;  
Huellan, triscan con pasos turbulentos  
Ricas alfombras, vasos exquisitos.  
Ni los libros respetan, ni instrumentos  
Científicos, ni doctos manuscritos,  
Y sobre ellos, ¡qué horror! como en cloaca,  
Van ya á evacuar su comision bellaca.

Oyó el sabio el decreto, y de rodillas  
Postrado, tocó el suelo con la frente;  
Después, vuelto á las damas que en cuclillas  
Le cercaban, «Cumplid, dijo, fielmente,  
Y haced de vuestros cuerpos maravillas,  
Segun la letra del decreto y mente  
Del Gran Mogol, señor de los señores;  
Mas cuenta con hacer aguas menores;

«Que pues la imperial munificencia  
Tuvo á bien omitir tal circunstancia,  
No infringiréis su ley, ni la decencia,  
Ante un rajá encargado en su observancia;  
Y al indicio menor de incontinencia,  
Por mis eunucos, y en mi propia estancia,  
Cien azotes daré á cada ramera,  
Para ponerla sal en la mollera.»

Cual trueno en petulante locutorio  
Cual hueca voz de pedagogo adusto  
En aula de gramático auditorio  
Silencio general produce y susto,  
Así en el deshonesto consistorio  
El comentario del decreto augusto,  
Que somete al rebengué sanguinario  
El tornátil marfil del tafanario.

Por la primera vez se abate y calla,  
Avergonzada, pálida y corrida,  
La canalla, á quien cerca otra canalla  
De sexo y condicion meretricida,  
Que el vapulante látigo restalla.  
A su vista la grey de mala vida  
Huye, y huyendo se llevó consigo  
Lo que vino á soltar y yo no digo.

Vuelven al trono y dan del sabio queja,  
Plañen, cuentan el chasco por despique;  
La boca abrió el Mogol de oreja á oreja,  
Y á imperial carcajada soltó el dique;  
Y para eternizar la moraleja,  
Mandó que la ocurrencia se publique,  
Notorio haciendo así de gente en gente  
Lo que vale el ingenio en el Oriente.

No faltaron bracmanes, sin embargo,  
Que en forma silogística impugnaron  
Al sabio; otros tomaron á su cargo  
Defender las rameras, y graznaron  
En un acto pedante, oscuro y largo,  
O en tafetan impreso deliraron,  
Y á gritos y patadas se carpian  
Que las aulas abajo se venían (2).

Tal bregan los carneros en la brama  
Quando un impetu ciego los anima;  
Un animal en otro se encarama,  
Y en el lomo de aquél otro se empaña;  
Otro aquel grupo que el furor inflama  
Tumba con testerada repentina;  
Y el tope que te tope menudean,  
Y sus frentes estúpidas humean.

Mas Corán, de argumentos enemigo,  
Mandó coser la boca á los doctores;  
Pena ordinaria y oriental castigo  
Que allí dan á importunos charladores (3);

(2) La ciudad de Benáres es la universidad de la India, donde concurren los bracmanes, que al cabo de diez ó doce años de carrera obtienen la cualidad de doctores. (Nota del Autor.)

(3) Los castigos ordinarios, dice el caballero Forbin, son coser la boca á los que hablan demasiado, y desgarrársela á los que no hablan bastante. Por muy ligeras faltas se cortan las piernas ó se arrancan los dientes. Es necesario que sea muy venial para no ser condenado más que á una paliza, ó á sufrir entre las uñas cañas metidas á golpe. Apenas hay señor de la corte á quien esto no haya sucedido. Sorprendido yo, continúa Forbin, pregunté á monsieur

Y aún yo, si mogol fuese, también digo  
Que á más de cuatro bocas de censores  
Un hilvan á lo ménos echaria;  
Pero, pues no lo soy, cierro la mia.

## V.

Á una señora que me consoló en mi infortunio (1).

Aposento que asilo has dado á un triste,  
Jardín que con tus auras le halagabas,  
Fuente que en su llorar le acompañabas,  
Árbol que acento á sus suspiros diste,  
Decid á quien, de mi compadecida,  
Su mano me tendió piadosamente,  
Y el sudor ha enjugado de mi frente,  
Que la desgracia es siempre agradecida

## VI.

Á CECILIA (2).

## EPITAFIO.

Minerva meció su cuna,  
De las artes rodeada,  
Por ellas vivió encantada,  
Sin amor y sin fortuna.  
Fortuna y amor también  
Quisieronla hacer dichosa,  
Fatal juzgó el dón la diosa,  
Y dijo á la muerte: «Vén.»

## VII.

DESCANSA EN PAZ.

## QUINTILLAS.

Como niebla perezosa  
Al roble en invierno asida,  
Era mi vida enojosa,  
Hasta que alumbró mi vida  
Una mirada piadosa.  
¡Oh bendecido momento,  
De cuyo pasado encanto  
El dulce estremecimiento  
Queda, y suspiros y llanto  
Me dicen que vivo y sientol  
Recuerdos son mi existencia,  
De aquella fugaz ventura,  
De aquel vivir en presencia  
De discrecion, de hermosura,  
De virtud y de inocencia.  
Recuerda el alma y admira  
Los ardides generosos  
Que el genio del bien inspira,  
Para tornar venturosos  
Cuantos desgraciados mira.  
Tal vez la mansion pisando  
Del triste, veló el semblante,  
Como la luna, en guiando  
Al perdido caminante,  
Se va en nubes ocultando.

Constance (un francés favorito del Emperador) si me hallaba expuesto á semejante trato; díjome que esto no se entendía con los extranjeros, pero mentía, porque supe despues que él mismo habia sufrido una paliza en el anterior ministerio. (Nota del Autor.)

(1) «Jamás contrajo Somoza matrimonio; pero habia recogido á una niña (Cecilia), huérfana de un compatriota suyo (el diputado Nuñez). Le habia dado esmerada educacion, y la queria como á hija. Murió ésta, jóven todavía, lo cual fué para él causa de gran sentimiento. Una distinguida señora se lo llevó á su casa (calle de Embajadores, núm. 22), para consolarle y distraerle. En esta ocasion le dedicó Somoza estos versos.» (Don Sinibaldo de Mas.—REVISTA PENINSULAR, t. II.)

(2) Murió en Madrid, á 15 de Febrero de 1839. Habia nacido en Piedrahita, el día 10 de Enero de 1809. Yace en el cementerio de la puerta de Toledo, nicho 373.

Ya, cual águila en su vuelo,  
La luz arrastra, y no teme,  
Si el trueno estalla en el cielo,  
Que el fuego sus alas queme,  
Y el rayo la clave al suelo.  
¡Ay! aquel ser destinado  
Á inspirar virtud y aliento  
Despareció ántes que el hado  
Mi sér, mi amor y mi acento  
Haya hundido en lo pasado.

## VIII.

En el álbum de doña María S. del Acebal de Arratia.

«¡Afortunado papel,  
Que vas á ser hojeado  
Por dedos que ha suavizado  
El rocío del clavel,  
»Mil veces te acercaras  
Á unos halagüeños ojos  
Sin que desdenes ni enojos  
Te nublen su luz jamas;  
»O á la boca deliciosa,  
Tus sílabas pronunciando,  
Como el céfiro sonando  
Entre el jazmin y la rosa;  
»Y estarás cerca también  
De aquel seno encantador,  
Donde, si no late amor,  
Arde la fragua del bien!

## IX.

Á UNA COQUETA (3).

Eres saga parancera,  
Y dejan enteleridos  
Tus ojos paradisleros

(3) Somoza escribió en un momento de buen humor estas cuartetas ininteligibles. Dice en una carta á una señora, amiga suya (28 de Octubre 1844), que las escribió «para estudiantes de Salamanca, excitándoles á estudiar nuestro Diccionario.

Debajo de los versos escribió Somoza las siguientes líneas: «Hé aquí un romance en que no hay una palabra que no se halle en nuestro Diccionario. Su asunto es una *Coqueta*, y así lo entenderán todos; pero cabalmente esa voz no es castellana ni en tal sentido está en el Diccionario; es decir, que es preciso hablar francés para ser inteligible. Y es, por cierto, gran miseria, tener la casa llena de riquezas y echarse á pedir limosna.»

Nos ha parecido oportuno poner aquí una traduccion de estos versos, la que, aunque no enteramente literal, basta para dar idea del sentido que aquéllos encierran:

Eres bruja cazadora,  
Y dejan sobrecogidos  
Tus ojos acechadores  
Los pájaros en los nidos.  
El que está en las ramas, cae,  
Y el de alto vuelo que pasa;  
Que es tu balcon red sutil,  
Y cetrería tu casa.  
Son tus labios amapolas,  
De tanto daño ocasion  
Cual de un matadero el hacha  
O de un trabuco el cañon.  
De nada sirven ejemplos;  
El escape es por demas;  
Remedio, ni aun por ensalmo,  
Y no hay respiro jamas.  
Ni del rudo segador  
Es tan ingrato el trabajo  
Cuando en Agosto bracea  
Con mayoral á destajo;  
Pues los que, orzando, navegan  
De tu inconstancia en el mar,  
Cual chusma, á maroma asidos,  
Bregan, gritan sin cesar.  
Hábil y astuta, repartes  
El aparente rigor,  
Y con tus artes malvadas,  
Mueren mártires de amor.  
Mas, vaso toco, tu pecho  
De algun mascarón será,  
Y amante zafio y palurdo  
La corona ganará.

## X.

Traduccion de un fragmento del *Orlando* de Ariosto (canto XVI).

Graves y muchas son de amor las penas,  
De las cuales probé la mayor parte,  
Y á mi costa lecciones harto buenas,  
Que aprendí, puedo dar como de un arte;  
De ellas, por tanto, están mis trovas llenas,  
Sin que de la verdad nunca me aparte,  
Que si un mal grave juzgo, otro ligero,  
Cuenten con que mi juicio es verdadero.  
Digo y dije, y diré mientras viviere  
Que quien se mira en digno lazo preso,  
Aunque el rigor de la esquivaz sufiere,  
Aunque le abrumen del desden el peso,  
Aunque su bien el tiempo detuviere,  
Aunque el mal se prolongue con exceso,  
Con tal de que el objeto lo merezca,  
Llorar no debe, aunque de amor perezca.  
Llore el que vive encadenado y siervo  
De halagüeño mirar ó gentileza,  
En que se oculta un corazón protervo,  
A perfidia inclinado y á vileza.  
Huyera en vano, y cual herido ciervo,  
Aumenta de su llaga la crudeza,  
Y de sí y de su amor avergonzado,  
Ni osa quejarse, ni sanar le es dado.  
Esto al jóven Grifon le sucedia,  
Su error, sin enmendarse de él, miraba,  
El vil é inicuo proceder veia  
De Oricilia sin fe, que le burlaba;  
Pero su amor á su razon vencia,  
El apetito al juicio dominaba.  
Su dama es criminal, pérvida, infame;  
Fuerza es, con todo, que la busque y ame.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JOSÉ SOMOZA.